

Estación de amor

J. ERNESTO AYALA-DIP

En 1937 la escritora canadiense Elizabeth Smart entró en una librería y se topó con un libro de poemas de un autor que ella desconocía. En ese momento empieza su historia de amor con el poeta. George Barker, el poeta de marras, había publicado con el auspicio de T S Eliot en la prestigiosa editorial de la que era su director literario una selección de sus poemas. 'En Grand Central Station me senté y lloré', su autora narra el amor inmediato y urgente que sintió por el poeta. Pasaron tres años antes de que Smart lo conociera personalmente. Barker estuvo en los EE UU unos años, que fueron durante los cuales ambos autores se conocieron y se enamoraron. Barker, no obstante, ya estaba casado. Tuvo quince hijos, cuatro de los cuales fue con nuestra autora. La novela de Elizabeth se publicó en 1945. Y cinco años más tarde, George Barker publica 'La Gaviota muerta'. Estos dos libros son absolutamente simétricos: ambos narran desde sus respectivos puntos de vista el amor que tan desesperadamente los unió durante unos años.

'En Grand Central Station me senté y lloré' es la historia de este amor. Sólo que la solución formal a la que apela la autora (de la cual el mismo sello editará una segunda novela, publicada en 1978, después de varios años de silencio literario de su autora, que murió en 1986) es la metáfora, la elipsis y un lenguaje cargado de referencias literarias, clásicas y bíblicas. Paradójicamente el hallazgo literario de este intenso tratado de amor es que esta forma es la que le da al texto su precisión emocional y su devastadora certeza

moral: la moral del deseo. En medio del bosque literario, hallamos ramas de contemporaneidad digna de los más célebres poemas del mismo Eliot. No quiero dejar de mencionar la excelente traducción de Laura Freixas y de sus notas tan necesarias a la hora de disfrutar del mecanismo textual sobre el que Elizabeth Smart apoya su encendida letanía.

Narrativa



Elizabeth Smart
En Grand Central Station me senté y lloré

Trad. Laura Freixas
Editorial Periférica
Cáceres, 2009
Páginas 155
Precio 17,50 euros

Pablo d'Ors y la novela iniciática

IÑAKI EZKERRA

'El amigo del otro' es una original novela que renueva el olvidado género del relato de iniciación y en la que Pablo d'Ors cuenta la aventura de un tal Pavel en busca de la experiencia del vacío

Sin ninguna duda, es Hermann Hesse el gran referente de la novela iniciática por ser el último cultivador conocido de ese género y por haberse convertido en un escritor de culto para la generación hippie. El alemán Hesse hizo en la novela algo así como lo que el peruano Carlos Castaneda hizo en sus crónicas divagatorias iniciadas con 'Las enseñanzas de Don Juan' en 1968. Pablo d'Ors no es un seguidor de Hesse ni en el estilo ni en sus fórmulas narrativas, pero hay tópicos en ese género de los que no puede escapar como son los de la 'secta' y los de las 'señales' que le van acercando y le hacen entrar definitivamente al discípulo en contacto con ésta. Tópicos que se repiten de manera distinta pero infalible en 'Siddharta', en 'Demian' y en 'El lobo estepario'. La secta va a ser en esta ocasión la de los 'Amigos del Desierto', una inquietante asociación consagrada con entusiasmo al estudio de todos los desiertos que hay en nuestro planeta así como a la ardua tarea de recorrerlos físicamente. Muy poco se nos va a decir durante el tiempo narrativo de Pavel, el héroe del libro, aunque sí lo bastante como para que sepamos de él que es un impenitente solitario; que se 'afilia' al extraño colectivo y que realiza una serie de viajes al Sahara que van suscitando de un modo progresivo en él una modificación de la conciencia, un viaje hacia una estafalaria forma de conocimiento y una evolución



ILUSTRACIÓN: MIKEL CASAL

hacia la identificación absoluta con el paisaje desértico, con lo que éste tiene tanto de mutable como de perdurable, de caduco y de eterno. Las 'montañas', los 'otros', las 'dunas' de arena sahariana son permanentemente cambiantes, reinventan una y otra vez una realidad distinta e idéntica simultáneamente a sí misma, se burlan de la percepción humana del espacio y el tiempo hasta el punto de hacer coincidir en ellas esa realidad con la metáfora. Metáfora del vacío, el abismo, la infinitud y la eternidad, la soledad y el desprendimiento de lo material.

En realidad se puede decir que la propia estructura de 'El amigo del desierto' es 'desértica'. Pablo d'Ors ha hallado en la imagen del Sahara una fórmula de narrar personal que también es constante y cambiante, fija e inaprensible. Como el propio Pavel, los personajes que desfilan por este arenoso texto poseen unas coloraciones y unos contornos borrosos. No es fácil encontrar muchas veces la lógica en sus conductas y en sus acciones evanescentes y difusas. No protagonizan ninguna historia tradicional con el clásico esquema de planteamiento, nudo y desenlace. Los personajes, los escenarios y los hechos se mueven por leyes alegóricas como en un poema y las pistas más concretas que se nos ofrecen son alusiones culturalistas: San Juan de la Cruz, Edmond Jabès, Charles de Foucauld...

La iniciación de Pavel tiene como punto de partida la soledad y como objetivo, como meta y utopía el éxtasis místico, pero el 'El amigo del desierto' no es un relato clásico ni lineal. Y tiene otros antecedentes más irónicos que los de Castaneda y Hesse como son dos maravillosos cuentos de la época del boom latinoamericano: 'El Congreso' de Jorge Luis Borges y 'Queremos tanto a Glenda' de Julio Cortázar.

Narrativa

Pablo D'Ors
El amigo del desierto

Editorial Anagrama
Barcelona, 2009
Páginas 138
Precio 14,50 euros

Desconocidos íntimos

MIGUEL ARTAZA

¿Conocemos a las personas que amamos como realmente son? ¿Hasta qué punto las construimos, nos las representamos a la

medida de nuestros deseos? Pearlle y Holland se conocieron dos veces. La primera, siendo unos críos en un pueblito de Kentucky y la segunda, después de que Holland volviera de la guerra convertido en otra persona. Apparentemente, forman uno de esos matrimonios perfectos que aparecen en las

teleseries americanas. Viven en una apartada zona residencial. Pearlle es una devota esposa sin otro quehacer que atender a su marido y a su hijo, y su existencia transcurre de manera moderadamente aburrida, sin sobresaltos.

El lector, sin embargo, percibe algo inquietante. Ésa es una de las mayores virtudes (ni mucho menos la única) de este libro: trasladar la sensación de que hay algo más bajo la aparente perfección que rodea a la pareja. Algo larvado, invisible pero latente, que acabará por estallar, con consecuencias

Narrativa

Andrew Sean Greer
Historia de un matrimonio

Editorial Salamandra.
Barcelona, 2009
Páginas 219
Precio 15 euros



difícilmente previsibles. En ese sentido, el novelista hace una pequeña trampa. Deja que sea Pearlle quien, de forma retrospectiva, cuente la historia. Una narradora que hace largas elipsis y omite deliberadamente las claves que permitirían una mayor comprensión. Ya se ha dicho que Holland

volvió de la guerra convertido en otra persona. «Tiene el corazón desviado», le dicen a Pearlle las tías de él. «¡No te cases!», insisten. Pero ella es comprensiva y sobreprotectora. Ha suavizado el sonido de los timbres, recorta del periódico las noticias que a él podrían desagradarle. Un día, un desconocido llama a la puerta y todo empieza a tambalearse.

Estamos ante una novela escrita en estado de gracia, que introduce sin aspavientos temas como la homosexualidad, la segregación y las relaciones interracial, todos tabú en la época en la que transcurre esta historia. 'Historia de un matrimonio' es una exploración quirúrgica del misterio que envuelve las relaciones personales, amorosas y familiares.